TACHAS

Revista Antológica Digital

León Guanajuato Numero 1 Agosto del 2025

Contenido

EDITORIAL 2
¿Tachas? ¿Qué cosa son tachas? 2
CUENTO 4
¡El suspiro amarillo! 5
La casi noche 11
A Través de la Ventana 16
Poesía 17
Algunas palabras para el pequeño Carlos 18
Último poema de primavera. 24
AQUELLO QUE ME ACECHA EL CORAZÓN 27
Crónica 31
La cruda está más allá del alcohol 32
Solo iba de paso y me quede 37
Artes graficas 44
Lunes de pradera 45
Diana Magallón 48
Agradecimientos 52

EDITORIAL

¿Tachas? ¿Qué cosa son tachas?

"Yo no puedo hallar el chiste, pero teorizando, me parece que casi todo lo que es absurdo hace reír. Tal vez porque estamos en un mundo en que todo es absurdo, lo absurdo parece natural y lo natural parece absurdo Y yo soy así, me parece natural ser como soy. Para los otros no, para los otros soy extravagante."

Efrén Hernandez

Cuando les cuento a las personas del proyecto Tachas, lo primero que se viene a la cabeza de muchos (mayores de 30 todos) es el mítico video musical de Galatzia llamado "Tachas y perico" o directamente piensan que es una referencia a la droga, otros, de manera un poco más osada sobre piensan y me dan alguna teoría medio conceptual acá bien intelectual como "se llama Tachas porque quieres dar voz a los rechazados ¿no? A los tachados del sistema" a estos últimos a veces les digo que sí, porque se inventan mejores motivos que el de verdad. Pero, como la verdad siempre sale a la luz, me gustaría aprovechar este espacio (que ojo, no quiero se vuelva un monumento al ego de su creador, que es por naturaleza egocéntrico) para explicar de manera clara el título. Que no es la gran cosa, no me gusta Galatzia como para hacer un proyecto en su nombre, la droga esa la he probado si acaso dos o tres veces en mi vida sin parecerme la gran cosa, no soy tan listo para crear todo un simbolismo de una palabra a una linea editorial. Más bien, se trata de un homenaje, homenaje a un cuento que da la casualidad es mi favorito. Este cuento, llamado Tachas, publicado por primera vez en 1924, escrito por don Efrén

Hernandez, autor Leonés, narra las digresiones de un joven universitario de la carrera de derecho al cual le preguntan ¿Qué cosa son tachas?, pregunta que no se responde correctamente durante la historia, pues dentro de sí piensa en pájaros, en mujeres, en nubes, en la calabaza en tachas, en todo menos en la respuesta correcta. Finalmente al ser confrontado da al profesor algunas acepciones, pero ninguna correcta para el contexto, suceso que produce la risa de todos. Y acá Hernandez aprovecha para decir algo que por primera vez en mi vida, me hizo sentir entendido. “Y yo soy así, me parece natural ser como soy. Para los otros no, para los otros soy extravagante” estas palabras hicieron tal eco en mí, porque no se trata de un discurso que abrece la extrañeza, el protagonista no quiere ir contra el sistema, no le tiene odio, no quiere ser raro, no se esfuerza por serlo, solamente lo es, eso lo aparta de todos, y él lo sabe, y lo reciente, porque el saberse extraño duele, pero simplemente no podemos evitar serlo. Para ellos surge tachas, para los extraños, para los ignorados, para los que incomodan tanto que es mejor no verlos, no de la contracorriente, porque para ir contracorriente debes estar en el rio y a nosotros nos sacaron hace rato. Así surge Tachas, como un espacio para el que lo quiera tomar, un espacio comunitario para los mudos que quieren gritar. Nomás acuérdense que no somos un medio serio ni mucho menos profesional, no buscamos serlo, esperamos no serlo. Que por cierto, la respuesta correcta dentro del cuento era es aquel acto procesal potestativo por el cual las partes, alegando la nulidad o falsedad de la prueba documental, cuestionan su validez o eficacia, a fin de que sea excluida de la actuación o valoración probatoria. Pero Efrén no tenía Google.

CUENTO

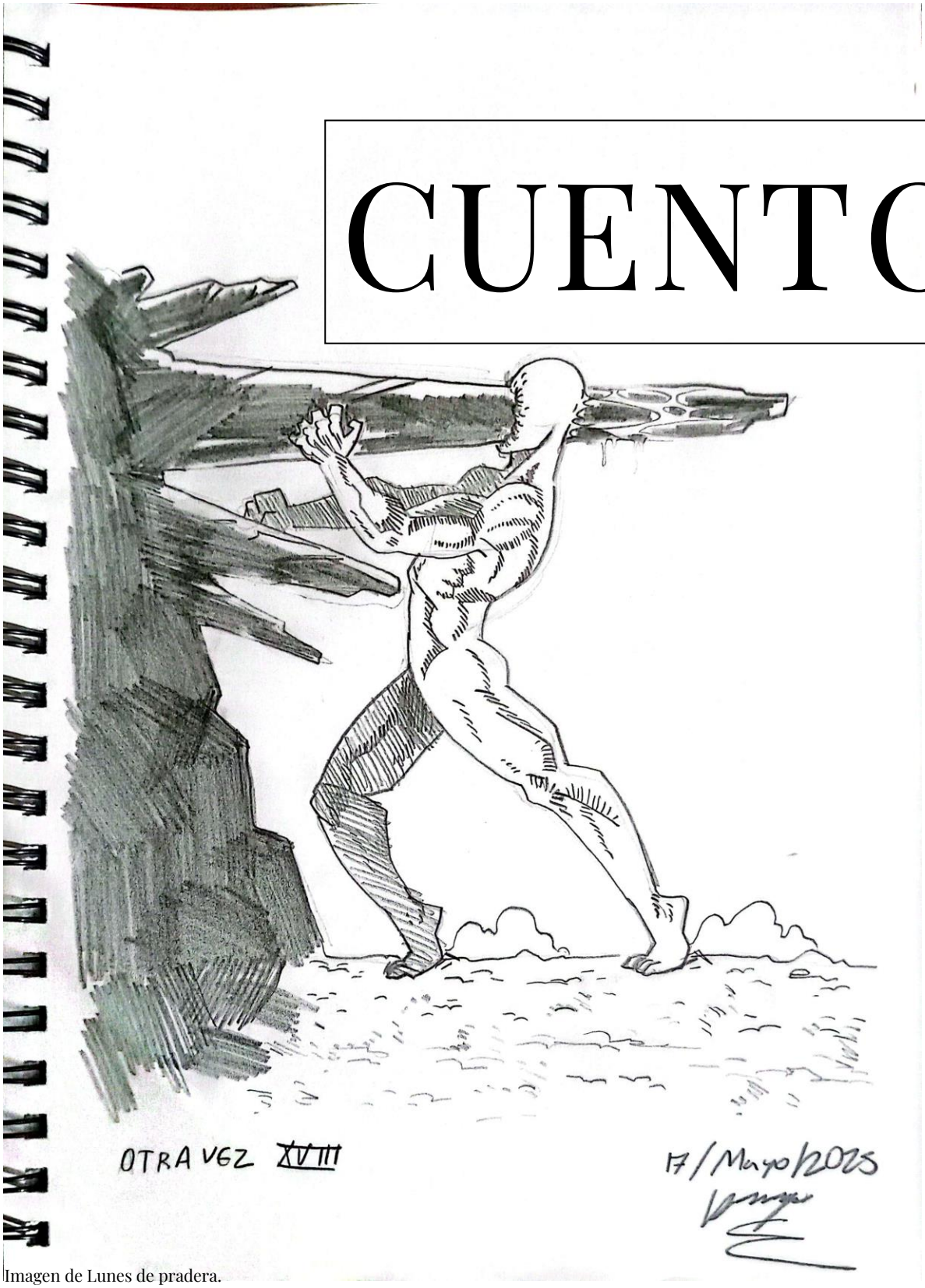


Imagen de Lunes de pradera.

¡El suspiro amarillo!
Por CASCA 26

Cuentan que a las seis de la mañana, el papá de cinco hijos, entre mate lavado de yerba de ayer, y desafíos de hoy, apronta al “Tiznado” un alazán percherón viejo, donde la vida lo llevó por rumbos desordenados. Colocando los aperos para engancharlo al carro y así poder hacer la recorrida diaria y exacta, en busca de cartones, vidrios y algún metal, siendo esto lo más pago.

Cuenta la historia, que en el ranchito de barro y adobe, de techo de lata donde canta la lluvia, y llora el sol, en esa única habitación, allí quedaron cuatro críos, ya que el único que va a la escuela a dos kilómetros, es Ignacio por que tiene la hermosa suerte de poseer botas de goma y eso le permite atravesar el largo bañado, esquivando algún anfibio que por allí habite, con frío o calor da lo mismo, todas las mañanas cuando el sol pinta el alba de color ocre al cielo ya se veía la figura de “Nacho” el obsecuente.

Este niño tiene la responsabilidad de “formarse” en educación y valores brindados por la escuela, no lo podía suponer pero desde que nació suponía que debía ser el gladiador diario, y su alma infantil moviéndose entre la gloria y el polvo.

“Nacho” tiene once años…

Con un pedazo de galleta devorándola, su túnica desalineada y una vieja mochila, comienza a pelear el día…

Buscando el aprendizaje que lo espera.

Y será el destino sin estar escrito, mucha tierra, mucho cielo, sin nada que lo atrape. La desigualdad no solo es falta de cosas materiales, sino también de oportunidades y de salir todos de la misma meta.

Gritos del alma en silencio quieren atravesar el espejo de su corazón.

Aún mojado con sus cargas a cuestas guerrero de sus sueños celestiales.

Cuatro niños eran pájaros de monte, libres con la pobreza de su nido a cuestas…aun así ríen.

Cada tarde de frío con olor a leña mojada, se sientan en ronda a un "brasero" para perderse del silencio del viento gélido, y comerse un trozo de galleta que su mamá multiplicó para sus críos para saciar el hambre

La mascota, un perro flaco y viejo, acostado en un rincón que se le permite, allí duerme este también padece las penurias diarias de todos ellos, conformando así el clan familiar en su mismo hábitat.

María, en su rancho y sus cuatro hijos, trata de lograr que la vida sea más justa, así lo cree, repartiendo el arroz entre cinco y un poco de polenta que le obsequió un "cliente" a Antonio por limpiarle el basural del frente de su casa por qué este afeaba su "chalet".

Nacho se tomará un vaso de leche, y llegará a su rancho a las quince horas…el arroz y la polenta, habrán sido una mala anécdota de la que no participó…

Así entre distintos sistemas fallidos, despiadados, no saben cómo hacer para soportar tanto desprecio y sumisión.

Cuentan que el crío más chico, Jonathan, tiene un problema neurológico severo debido a la desnutrición padecida desde su nacimiento, apenas tiene tres años, sus ojos enormes y su carita de tormento…destroza.

Tantas necesidades dejaron ciegas las pupilas, llenaron de abrojo los caminos, se quedaron sin risa y el encanto hecho cenizas.

Son la pena de una vida, son productos del contexto, son la lluvia sin llegar.

Dicen que Antonio, luego de tomarse dos vinos llegará con su “Tiznado” viejo y cansado, entrada la noche al rancho, y también dicen, que en una bolsa ofrecida por Asdrúbal el pizzero, llevará recortes y hasta un par de fainas para su familia.

Éste siempre tiene algo para él y Antonio lo sabe…lo que no sabe Antonio es que Asdrúbal siente compasión, tanto es así que ha manifestado en la pizzería

- “no lo tiren”, -luego pasa Antonio.

Pero así vivió, así lo crió su padre, conociendo la “lástima", a su edad no esperaba otra cosa.

Así sin su presencia el mundo se apagó, dónde faltaron perfumes y caricias desde siempre. Quedaron perdidos en una sinfonía donde los claveles no son el eco de la vida, a este lo desplazó el olor hediondo del tabaco.

En mi país de tres millones de habitantes, la pobreza y sobre todo la infantil no se han podido detener crece desmesuradamente en el tiempo, la desigualdad inclina la balanza solo a un lado, mientras unos sueñan a llegar más altos, otros desean llegar a mañana.

Alguien demagógicamente dice: “aquí la pobreza tiene cara de niño”… frase con la cual creen brindar estímulo y solución al problema endémico del continente, siendo el nuestro el más DESIGUAL del planeta.

Pobres no solo es dificultad en la alimentación, desigualdad, es no tener las mismas oportunidades de salud, educación e inserción social.

También dicen que las promesas demoran cada vez más, y los sueños se ahogan antes de nacer.

Nacho, cuando termine la escuela será un “chatarrero” más de ciudad, trabajará con Antonio y aprenderá de nuevo a ser pobre. Mientras que Jonathan será producto de la falta de salud temprana y padecerá ésta toda su vida.

Cuando las luces se apagan, los secretos del corazón se asoman… desnudos y frágiles pidiendo piedad.

Y cuentan que Morena hija de María pero no de Antonio, que aún no aprendió a ser mujer, que solo tiene catorce años crecidos a la fuerza, volvió al rancho luego de haberse ido a probar suerte a la ciudad con su novio y este volver a estar encarcelado en un Centro juvenil.

Morena cree amar a su novio, por tal razón lo va a esperar de su libertad, lo que no sabe Morena que su novio está destinado a salir peor y volverá a “caer”.

La sombra de la soledad la acompaña, es su amiga y seguro no lo va abandonar, escribe letras de sueños y esperanzas en silencio, él le guía sus pasos, como su “hombre” que eligió.

Y cuentan también que Jonathan ya la mandó buscar desde el Centro de reclusión y ella irá, él le propondrá llevar un paquetito y ella por amor lo hará.

María está vez la dejara sola con sus decisiones,

-“ya es grande” - se le oyó,

-“yo no me meto, que haga lo que quiera, tengo los más chicos para criar…”

Morena caerá con estupefacientes, será condenada, luego de un tiempo saldrá.

No tendrá donde vivir, lo hará en la calle, se prostituye o será “narcomenudista” de algún dealer de club nocturno, y todo esto para consumir.

El valor exacto de esta eternidad, dura hasta volver a las cenizas.

Antonio en su recorrida la “chatarrero” se la encontrará en algún contenedor de basura, Antonio buscando lo material para poder vivir, Morena restos de comida

para poder sobrevivir, no se hablarán, no sabrán siquiera de ellos mismos, pero compartirán la basura. Nadie se ocupará de ella y crecerá lo que le falta.

Y cuentan además, que Nacho realizó toda la escuela, pero el sistema perverso no le da oportunidad de seguir estudiando, no tiene un liceo "cercano" como la escuela, este ya comenzó a salir con Antonio y a llevar las riendas de su carro.

Este a su vez será padre en poco tiempo, y armara su habitación de costanero y chapa a continuación de la que vive, seguirá sumergido en la pobreza, será un dato más para las encuestas.

Que una paloma trace el vuelo para sus sueños, y que en un rincón estos dancen libres, que el tiempo ya no guarde sus sombras.

Y además cuentan de los muros invisibles que rodean a María, la que tiene el molde original de un ser desvelado, no tiene espejo, si agua calma, se le mezclan las lágrimas y risas, y como todo cuentan dicen que sus palabras, las de María, son como piedras en un estanque.

Existe un charco que salpica humildad donde la pobreza y desigualdad serán para siempre.

Caen las sombras y el mundo calla, solo un deseo se escucha, giran las almas, las llamas se apagan, hasta que el alba devuelva un momento.

Cuentan que la desigualdad no grita, solo susurra, y cuentan que las miradas apenas se cruzan casi sin amor, además cuentan que nosotros somos ajenos a esos silencios que lloran por los rincones.

Cargamos con la desigualdad que nos grita, cargamos con los Antonios y sus hijos, cargamos con las esquinas que esconden heridas.

-¿Qué haces?- preguntó Antonio a su hijastra al llegar al contenedor donde ésta, "acurrucada" en un portal veía pasar la vida.

- No te conocí- ¡dijo!

- Aquí esperando un amigo…

-¿Estás en la calle verdad?, (era obvio) allí se veían cartones, una vieja frazada y nailon, y una perrita en sus brazos.

El viento canta, los árboles retoman la sombra, el grito ciudadano devora secreto estropeando la tarde.

-Jona, murió - dijo Antonio, aquí se le encendieron los ojos de desconsuelo total.

Los tallos se curvan con la dignidad del tiempo…y las hojas le piden al viento que no les permitan morir…

¡Así mueren los girasoles, sin oportunidad, despidiendo al viento… !

La casi noche

Por María Jose Escobar

Son las siete de la tarde, comienza a oscurecer y el patio poco a poco se pinta con esa luz azul que hace que los objetos contrasten entre sí, como lo hacen las plantas de mi mamá con el claroscuro del cielo. Acaba de regarlas, subió hace rato y empezó a bañarlas, a podarlas. Pasó toda la tarde haciéndolo mientras yo escuchaba sus traqueteos desde el interior de mi cuarto.

La encuentro sentada en la mesa del centro del patio, sus brazos cuelgan fuera de los soportes de la silla como extremidades muertas.

—Saqué mucha rama hoy —me dice—, tu papá se va a encabronar cuando le diga que le toca ir a tirarla al cerro.

Me siento con ella para comunicarle la urgencia: no hay internet.

— ¿Otra vez? —revisa su celular—; no, no hay.

Peino su cabello hacia atrás y le doy un beso ruidoso sobre su frente desnuda, huele a tierra húmeda y a sudor viejo. Sigue así, con el cuerpo flojo sobre la silla, abstraída en los ladrillos grises de la pared del fondo. Me dice que mi hermana la hizo enojar hoy cuando regresaban de la escuela, que se emberrinchó en la calle y no se movió de ahí hasta que acabó con su espectáculo.

—El de la carnicería empezó a cortar más despacio y la de la tienda hasta salió bien disimulada —se queja—, por eso vine a ver a mis plantas, para que se me baje el coraje.

Se muerde las uñas, las trae a ras y los pliegues de piel están hinchados por la humedad, me miro las mías. Somos iguales.

Revisa los últimos mensajes que le llegaron antes de que se fuera el internet. Me cuenta que a mi abuela siguen sin hacerle los estudios desde hace una semana, que ha estado en ayunas por dos días enteros y que a mi tío, al que le toca estar en guardia hoy, no se le entiende nada de lo que dice en el audio y para acabarla de amolar, así me dice, el hijo mayor al fin tuvo la decencia humana de ir a visitarla, como si acabara de recordar que tiene madre; concluye que son todos unos pendejos.

A mi abuela la vi hace un par de semanas.

—Ándale, sal, nomás para que te vea —había sugerido mi mamá con una voz que no terminaba de ser persuasiva. Fuimos con la idea de hacer una "visita de doctor" y por eso me senté tan paciente en el carro mientras mis papás pasaban a verla.

Pasaron los minutos y papá, desde la entrada, me hizo señas contundentes. Me bajé del carro y entré a la casa hasta dar con el segundo piso.

La habitación, dispuesta con una cama matrimonial y un ropero, se iluminaba con la luz blanca del pasillo, ella estaba recostada en el centro con la cabeza hacia un lado para poder vernos.

¬— ¿Qué pasó, mami? ¿Cómo te has sentido? —me parece que pregunté.

Ella soltó una risotada, como siempre, antes de decir cualquier cosa. Murmuró algo que ya olvidé. Mejillas rosas y ojos siempre achicados por la permanencia de la sonrisa, así la recuerdo desde niña, así el recuerdo de ese día.

¬—Nunca vienes a verme, ¿cuándo fue la última vez? A veces, cuando vienen las muchachas me acuerdo mucho de ti y de cómo no estás aquí, con las demás. Hasta pensé en una canción para cuando sienta tu ausencia.

¬—Cántasela, para que la escuche ¬—intervino papá.

Ahora, con la luz natural casi extinta, rectifico que no recuerdo una sola palabra de la letra. ¿La melodía? Media ranchera, sin duda, pero nada más. La cantó, con el clamor de quien tiene la intención de hacer reír; para compensar mi memoria defectuosa, aúno el recuerdo con los videos que mandan al grupo de la familia, cuando canta mientras cocina en las reuniones familiares de los domingos.

Ese día la tomé de la mano y agradecí no haberme quedado en el coche. Lo agradecí con creces tiempo después, cuando la internaron. Me miró como a alguien que, supondría ella, tenía el deber de querer. Una línea se desdibuja entre aquella que había tenido menos de diez años y la que estaba a mitad de sus veinte; ambas completamente irreconocibles, una diferencia que no es nada del otro mundo cuando falta frecuencia entre visitas.

Mi mamá rompe el silencio:

—…a tu abuelita se le dificulta articular ideas. Habla del presente y del pasado como hechos simultáneos. Piensa que está en la cama y en la cocina, en los quehaceres que le quedan pendientes: que si la ropa que no ha lavado, que si los trastes sucios ya de semanas. Se imagina que los friega y luego toma descansos, ¿tú crees? Dice que le faltan algunos, aunque no ha tocado la cocina desde que la internaron.

—Si no la dejan hacer nada, claro que va a preferir lavar platos. Ponte en su lugar: los ves acumularse, mosquearse, la comida se adhiere cada día que pasa, nadie se acomide y, ¿con este calor?

—También hace otras cosas —me susurra tras unos segundos de reflexión—, ya sabes que está en el segundo piso. Ayer, le contó a uno de tus tíos que se anduvo paseando por abajo y luego corrió por los pasillos con todas sus fuerzas, burlaba a todos con su agilidad y se reía de quien no pudiera atraparla.

—Y no es para menos.

—Sí, ya sabes cómo le gusta mover los pies. Por las mañanas, le dice a la enfermera que está en su contra por retenerla en esa cama,

Yo me imagino que se lo dice con esa risa jovial en la que resaltan sus mejillas redondas y coloradas. Indican los doctores que debe operarse, pero ahí nada más saben dar largas. La mantienen un día entero en ayuno para que al final le digan: "no hay equipo" o "no está el especialista" y al día siguiente, cuando llega el especialista,

"se descompuso el equipo". Aquello se repitió al menos cinco veces.

Mis tíos se turnan para ir a cuidarla por las noches, no he visto sus rostros en años pero sé que, al igual que mi abuela, estarán sentados al lado de la camilla mirando su cuerpo dormido, así como ella cuenta que se mira cuando sueña, una de las tantas habilidades que adquirió al estar ahí postrada y aburrida.

Me puedo ver ahí acostadita, dice.

Mamá toma el celular entre sus manos, lo desbloquea y mira la pantalla inerte. Arranca los pellejos de sus dedos con los dientes. Yo hago casi lo mismo, con la uña del índice derecho desgarro la cutícula del pulgar derecho.

— ¿Ya llegó el internet?

—No —contesta y luego, más bajito, infiere—: ¿Crees que esté corriendo ahorita?

—No sé, pero me la imagino y eso me parece suficiente.

Cuando la luz del celular deja de alumbrar, las formas de las plantas pierden nitidez, faltan unos veinte minutos para que oscurezca por completo. Mamá, con la voz amortiguada, insiste en no mirarme mientras dice:

—Yo tengo sentimientos encontrados. No sé si me gustaría que ya no pueda parar una vez iniciada su carrera.

El silencio que nos sigue ensordece todo lo que pasa fuera de esta casa. Contemplamos las plantas, mi mamá y yo.

No nos miramos, pero reconocemos nuestra presencia al lado de la otra, tampoco hacemos el intento de encender las luces. La agarro de la mano, juego con los pliegues de sus nudillos, los estiro y siento su calor, no comento sobre sus uñas roídas; si prendiera la luz, podría ver nuestros dedos entrelazados, los míos delgados y los suyos anchos.

Ya pasa de las ocho, tantos minutos sin saber de esto o aquello, una pausa que se antoja abrumadora.

¿Y si nos enteramos tarde? Quise preguntarle, pero un torbellino de notificaciones retumba en su celular antes de que abra la boca. Lo mira un momento y lo deja sobre la mesa. Comienza a llamarla mi papá, es rara la ocasión.

—Voy a bañarme —me avisa, y baja las escaleras.

Me derrito en la silla en cuanto se va. Ahora, en mi celular, un par de mensajes y una llamada entrante de papá me avivan, queriendo, insistiendo en que lo atienda. Miro la cutícula de mi pulgar, ahora ensangrentado. Pienso en mi abuela, en mis tíos, en las memorias borrosas, en las plantas y el patio oscurecidos.

Mi abuela, la eterna corredora.

A Través de la Ventana

Por Heidi Carolina Molina Duque

Son las 3:00 de la madrugada, saco mis audífonos y pongo en el celular canciones de Neutro Shorty mientras inicia el bululú y veo el guiso.

Poco a poco, van llegando y se reúnen en la esquina del barrio.

"El Tata", saca de su bolso negro el coroto, pasándolo a sus cuatro panas y éstos consumen con birras. Parece, por sus gestos, que la vaina está burda de buena.

"El Tata", manda a su cuaima a dormir, la despide con un breve jamoneo y le agarra las nalgas diciéndole que lo espere en el rancho. Ella le hace caso y se va, no sin antes darle su bendición.

Al cabo de un rato, llega "El Tontoroyo" (quien siempre canta la zona) y desde su moto, aún en marcha, grita: - ¡Mosca!, ¡Pendiente en la Pista!, ¡Salgan Piraos! -

Sin duda… ¡Alguien lo sigue!

No les da tiempo de encender sus motonetas… Empieza la plomazón y de templao, me da chance para esconderme. (Casi me da un patatús).

Cuando el silencio vuelve… Me asomo. ¡Todos están mortadelas!

Un mamarracho, quien vestía con pantaloneta verde y franelilla blanca, comienza a jurungar bolsillos, recoger bolsas y algunas armas que están en el piso, diciendo por teléfono: ¡Terminé!, para luego dejar el pelero.

Cuando sea grande, quiero ser Paco; pero mientras tanto, seguiré aprendiendo a través de la ventana.

Poesía

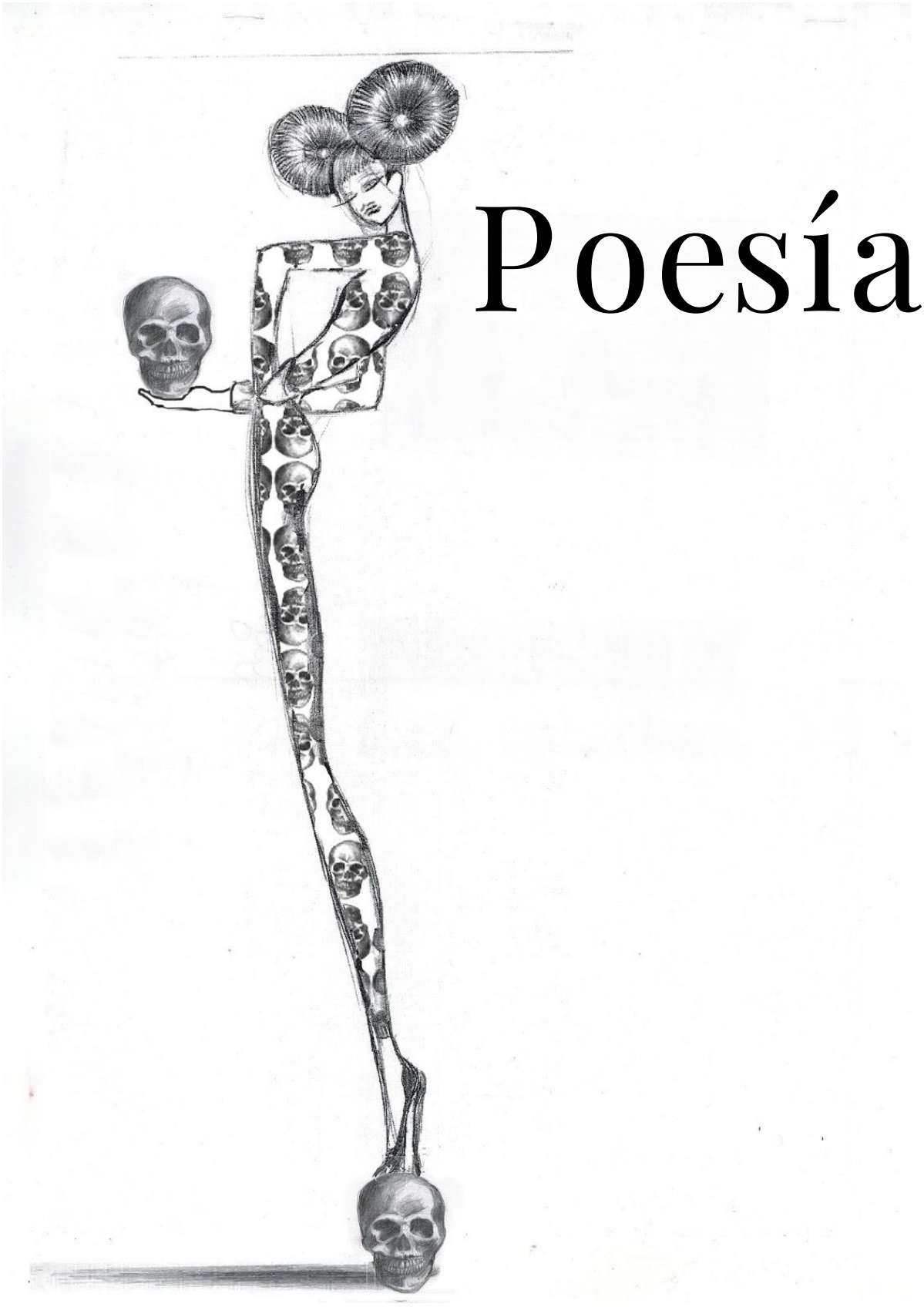


Imagen por Diana Magallón

Algunas palabras para el pequeño Carlos

Por J. Santiago Macías Cabrera

Para Abner, con cariño

"[...] chupándole con lengua de lagarto
sus cojones de menta."
-Pedro Lemebel

1

No es solamente la imprecación
ni el sonido de los dientes
que se estrellan entre sí / No nada más
el desconocimiento del otro
en la casualidad de atisbarlo desnudo /
sino la potencia exacerbada como de mil panales
zumbando en la cremallera /
Moviéndola /
Crispándola con el rictus
que erecta a los muertos /
Levantándola - Excitándola

haciéndola sudar nepente

y ebriedad

y fiereza

que se prueba con la boca

que se palpa

se traga

se emponzoña / se devuelve

se intercambia con la lengua como sangre

como cicatriz casi subsanada

como úvula de cuerpo en el marasmo

y un beso

y otro y más abajo

y sigue así y ponte encima

acomódate / date vuelta /

dame la espalda

muerde la almohada para que no nos oigan /

no grites / baja los párpados /

te engañas

me quieres

te cierras /

despojos / muro salpicado /

imperativo de la carne abierta.

2

La música fluye ahora de tu sexo /

cae / lloviendo como de un tocadiscos /

y el espejo / las cuatro patas de la cama

rechinando / Vamos ponte así / así te gusta

nadie nos ve / A plena luz comienzo

a acuchillarte /

Batalla de moluscos en tu boca / El zipper del pantalón

desangrándose / columbras mi entrepierna

lo miras / es tuyo /

acepta esta inmolación /este sacrificio erguido

puesto / entre tus nalgas

arqueadas / casi albor de lumbres /

casi también / sahumador de piedras calientes & tu espalda

tersa / manchada con una mantequilla

ignota / derramada en serpentinas /

Tus muslos / acalambrados trepidantes /

eyaculaciones / Y luego / otra vez /

el silencio del mediodía.

3

No es aquí tu imperio,

ni el deseo del mundo colocado

oscilante entre tus piernas abiertas.

Ya no más entregas puntuales de saliva /

No más movimiento de manos

crepitando bajo el cinturón como si nada

Como si sólo importaran

las dos mitades de bacanal arrepentida

que penden como estandartes victoriosos

de tus muslos inferiores /

¿Por qué me haces la guerra desde la fortaleza descampada de tu nombre?

Qué ganas, pues, con tus afrentas

si nada tengo ya

para embestirte

para forzarte a suplicar como los hombres

y escupir mi insinuación en el pedazo

que media entre tu pezón & tu campanilla

como un campo de batalla descubierto

que se atempera en mitad de duelo

por la punta de tu verga ensombrecida /

¿Qué otras cosas habrán de sostenerse en tu entrepierna?

No ya la cabalgata de los viernes,

no la extenuación que sigue

a las jornadas de sudor en tus axilas

ni la apertura de los flancos

para romper a razón de ariete y sitio

la robusta protección de tus vergüenzas

caídas frente a mí como muros vencidos

de ciudadela antigua

sacudiéndose horadadas

como un derrumbe exquisito / casi arrebato místico /

Ciudad de Jericó sodomizada

Gomorra capturada en mitad de la campaña /

Alzas tus piernas

como muestra ineludible de victoria /

De que por fin cedieron las murallas & el pórtico de Salomón

quedó ensanchado

diezmado

enrojecido

penetrado /

Caer exhausto sobre ti

no es el Cantar de los Cantares invertido

no la justa de hidalgos ni la hombría /

solamente es medir la plenitud de tu ombligo

epicentro del hambre y la matanza

y estragar tu vientre doloroso

casi púber / casi paternal / casi bucólicamente adolescente.

Último poema de primavera.
Por Pedro Mieles

Te desplazas por el departamento de un lado al otro.

Me miras, gatita.

Tus ojos brillan extrañados como si siempre fuera la última vez.

Luego te acuestas sobre el suelo.

Ha comenzado el verano y el calor, a veces es insoportable.

Yo cocino un seco de pollo (y para los lectores: es un plato ecuatoriano).

Pongo el tomate cortado en cuatro partes dentro de la licuadora

y también coloco tres rodajas de pimiento y una cebolla entera cortada en seis partes.

Mi esposa trabaja hasta las diez de la noche

y somos tú y yo jugando a no preocuparnos de la vida.

O soy yo, aprendiendo de tu forma, de tu estilo,

de tu manera en cómo miras las aspas del ventilador girar,

en cómo me miras mientras agrego un poco de comino y cuatro cabezas de ajo

y un poco de orégano y luego un poco de agua.

En la olla, el pollo que lleva paprika y comino y sal y pimienta y salsa china se dora un poco con el resto de los vegetales.

Tú juegas,

juegas,

juegas...

Corres de un lado para el otro y qué es el destino sino los segundos que no contamos, que olvidamos que existen.

Afuera la lluvia cae suavemente y tú te detienes y escuchas el sonido de las gotas

y la soledad parece ser un poco más amorosa con el resto del mundo.

Todo hierve mezclado, luego de haber licuado los vegetales y ahora pondré el arroz.

Luego una cerveza para la olla y una más para mí.

Tú me observas con tus ojos eternos, con tus lindos cielos negros.

A veces, no sé qué hay afuera, y ya no me interesa.

Ni pienso en algo más que no sea en tu madre

y sonrío,

sonrío,

sonrío.

Hace siete años que vengo lastimándome el cuerpo en un país extraño y las factorías me han destruido algunas vertebras y parte de mi psiquis.

Hace dos años que he dejado al suicidio y la muerte de un lado, haciéndoles un gesto oblicuo y de burla mientras me alejaba agarrado del viento.

Hace un año que conozco a tu madre y hace un año que también te veo, que aprendo de ustedes dos.

Hace muy poco, hemos descubierto la felicidad.

No hay nada trascendental en la iluminación eterna, en las fotografías del irónico éxito.

Lo que importa es ver lo infinito en un grano de sal; en tus pisadas que desaparecen en el departamento.

En tu rostro que me observa ahora mientras escribo este poema.

El amor -*lo sé ahora*-, siempre estuvo presente en el universo: tú eres su vivo reflejo.

Ahora juegas a esconderte con tu peluche debajo de la sábana, mientras yo voy a revisar cómo está quedando nuestra cena.

AQUELLO QUE ME ACECHA EL CORAZÓN

Hanolu

Por Mujer Robot

¿Qué diría de mí en este momento? Aquel quien palpita con fiereza dentro de mi pecho, ahora que me lo han arrancado de un descontento.

Un alguien que no vale la pena nombrar, pues la identidad no haría más que pedazos a ese músculo que ahora fuera de mi cuerpo, ha muerto.

Arribando a mi vida como si fuera la tormenta, una tarea más de aquel trabajo que tanto detesta, es decir que ha llegado con ferocidad a transformarme; a destrozarme el mundo.

Llega y enciende las luces de mi casa como buscándome; una vez adentro va habitación por habitación despedazando todo a su paso, no deja un mueble sin romper, ni un cuadro sin quebrar.

Me ha encontrado recostada en las orillas de mi cama, con el rostro escondido entre las manos y el cuerpo que no paraba de temblar; se ha detenido para mirarme fijamente intentando descifrar cómo acabar conmigo. Camina hasta que estamos frente a frente y se hinca al borde de mi cama.

Me miraba con esos deseos de asesinarme, yo admiraba sus facciones borrosas con un miedo que me ponía los pelos de punta.

Esa fue la primera de ocho noches, en las que repetidas veces entro a mi casa, haciendo el mayor ruido posible, con las intenciones de despertarme y no permitirme volver a dormir, para que aquellos nervios invadiéndome el cuerpo hicieran retumbar mi corazón; entonces eso se deleitaría con el sonido.

Era su placer interrumpir mi paz, despertarme todas las emociones para su propia diversión, me miraba con sus perversos ojos; la segunda noche ha llegado con varios utensilios entre sus brazos, me he quedado con ganas de preguntarle las razones, solo lo he visto acomodarlos por toda la cocina;

¿Será que prepara la cena? Intento calmar mis ideas, no me mira, no me habla, solo viene y va; para cuando cae la noche del tercer día me ha hecho dormir a su lado en el sillón, sosteniéndome fuerte por la cintura mientras todas sus aspiraciones que despiden un olor fuerte a azufre van mojándome la espalda, no he sabido cómo comportarme así que me he quedado inmóvil.

He temido por mi bienestar cuando han pasado cuatro días y aquel que me tortura no ha dicho palabra alguna, hoy ha lavado mi cuerpo con dos esponjas, masajeando mis cabellos y oliéndome de tanto en tanto la piel, ha cargado mi cuerpo desde la sala hasta el baño y al final de tal velada hemos regresado al sofá; empiezo a sentirme cómoda entre sus brazos, pero sigo sin poder moverme.

Cinco, cinco y cuarto, cinco y media, pasa el tiempo y desespero porque llegue a mi lado, ¿qué sorpresas me traerá? Cuando escucho que se abre la puerta de la casa con furia pretendo esconderme, aquel alcanza a mirarme y a tomar mi cuerpo, me grita cosas ininteligibles y luego me azota contra la pared; cinco, cinco y cuarto cinco y media, no tengo idea de cuánto tiempo ha pasado desde quedé inconsciente.

Tal vez las seis, he despertado con el cuerpo desnudo y me llega un olor a sangre, el cuarto no ha parado de dar vueltas, no puedo evitar vomitarme; aquéstas

compulsiones llaman mi atención y temo que se moleste, no tengo otra opción más que suplicarle por perdón entre miradas, pues he perdido toda habilidad para hablar, desde aquel cuarto día mi casa es iluminada por una sola vela que él lleva a todos lados, cuando se va me quedo a oscuras.

Último día de la semana, torturando mi mente por no saber si será este el final de mi vida, hoy le visto el rostro, era precioso, tanto que me ha sudado el cuerpo y he decidido perdonarle tantos maltratos; empezó por atarme los pies uno junto a otro, ha besado mis labios después de encadenarme las manos al borde de la cama.

¿Qué tantas palabras habrá que lleven implícito el número ocho? Hoy ha llegado más temprano que otros días, me ha desatado y ha vuelto a lavarme el cuerpo, noté mis sonrojos entre su forma tan fija de mirarme, inevitablemente preguntándome si me ha de volver a besar;

Me recuesta sobre la cama y se quita toda la ropa, lame desde mis dedos hasta el abdomen, se detiene justo en mi pecho y siento sus dientes enterrándose en mi carne, trato de gemir, pero nada sale de mi boca ya que en el día seis me ha cortado las cuerdas vocales.

Me desgarra de una los músculos del pecho, soy capaz de escuchar los bombeos de mi corazón, toma mis costillas entre sus manos y las aparta con fuerza, me retuerzo de los dolores, aunque es cierto que he dejado de luchar por mi vida desde el día uno.

Se come mi corazón y escupe pedazos de cartílago, la sangre y una parte de mi ahora forman parte de él, ahora que está satisfecho me ha plantado otro beso y se ha marchado.

Solo el techo, los gusanos, las moscas y mi carne descompuesta quedamos en esta casa, melodías de memorias se reproducen en mi cabeza una y otra vez, me

desespero porque no me siento morir, solo sigo pudriéndome ahí en el cuarto, con el anhelo de que tal vez en otros ocho días ha de regresar.

Crónica

Fotografía por ANA POBO CASTAÑER

La cruda está más allá del alcohol
Por Axayácatl Tavera Rosales

Este, justo este preciso momento frente a mí, es el problema. Anoche me di el tiempo para visitar a un amigo y embriagarme; pero ahora, aquí, está la resaca. Imagino que todo aquel que haya sobrevivido a una noche de excesos sabe a lo que me refiero. Dolor de cabeza, cuerpo cortado, sed. Mucha sed. Puede que uno esté físicamente sano, o bueno, sano dentro de los parámetros que implican padecer la vida, pero en la resaca, el cuerpo parece llegar a su límite. Ahora vivo aquí, en la "mañana del día siguiente", cuando todo tiene más peso, todo duele. Estoy ante un padecimiento que habita en el silencio.

Supongo que fue entre mis 10 o 15 años que me volví menos sociable. Me cerré a la mayoría de la gente y, por consecuencia, a las actividades que van de la mano con "tener amigos". Fue hasta la universidad que acudí a una fiesta sin tener que ser obligado. Con todo y que prácticamente no conocía a nadie, salvo por un par de compañeros de la facultad y por Paco (amigo desde el bachillerato), no me la pasé tan mal. En el último piso de un edificio de departamento en Azcapotzalco, cerca del metro Rosario, la verdad no recuerdo mucho… Nos embriagamos una noche de diciembre -eso sí lo sé-, porque hubo un momento en el que varios sujetos, incluyéndome, jugamos a arrojar las esferas del arbolito de navidad de la familia del pobre tipo que creyó que no habría problema en recibir a quince idiotas en casa de sus padres.

Sinceramente no recuerdo cual haya sido la primera borrachera que tuve. Quizá ocurrió en mi primer año de carrera. En esos días había convencido a mis padres que me dejaran rentar una habitación cerca de la escuela, más por capricho que por necesidad. Así tuve la libertad de acudir a los bares clandestinos antes, después o en lugar de ir a clases sin la preocupación de que mis progenitores me recriminaran el llegar hecho una piltrafa humana.

De ese modo, inició mi travesía por los senderos etílicos. Aunque tampoco es como que me embriagara todos los días. Ya desde entonces conocía mis límites, podía distinguir el momento justo de pagar la cuenta y regresar tambaleándome a mi

cuarto, antes de que todo se fuera al demonio, aunque no siempre tomara esa precaución. Por suerte iba en el turno vespertino. Después de dormir hasta las 10 de la mañana, un desayuno de sobras y un baño caliente, estaba totalmente repuesto para la primera clase del día. Aquel año de mediana independencia se tornó en una juerga que se interrumpía con el retorno al oriente, al seno hogareño para lavar ropa, hacerme de provisiones y descansar un poco la cabeza de las tareas académicas escritas al aventón.

Mirando hacia atrás, ahora me doy cuenta de que incluso entonces mi motivación para beber nunca fue la ebriedad. La prueba más clara es que no me gusta beber solo. Podría decir que soy un "bebedor social", de no ser porque el término parece subestimarme. Suena como si no pudiera ponerme hasta el culo de borracho, pero hay algo de verdad. El punto final del estado dionisiaco es lograr la conexión con algo mayor, la embriaguez queda relegada a un efecto secundario. Me da un poco de rabia pensar en que quizás Emiliano, un junky que conocí, tenía algo de razón y es en ese camino donde podemos enfrentarnos a cosas que en la sobria cotidianidad seríamos incapaces de ver.

Todo se trata de disposición. Disposición a perderse y dejar de ser uno mismo para que alguien más, otro ente que habita en lo más profundo de tu inconsciente, tome las riendas de tu cabeza, de tu labia y de tu carne. Supongo que por esta misma razón la máxima a la entrada del oráculo de Delfos, el famoso "Conócete a ti mismo", sólo podía venir de unas mujeres colocadas todo el día con gases tóxicos en el fondo de una cueva.

Conforme pasó el tiempo y fui dejando de ser tan idiota, me di cuenta de que, como diría Paco, las sutilezas del ser responsable recaen en aprender a disimular mejor la estupidez propia. Y hablando de Paco, él es quien, en buena medida, ha sido el compañero de tragos más frecuente y cercano. Él tiene sus propias disertaciones en torno al estado de inconsciencia. Me parece curioso que ambos, creo, llegamos a una misma conclusión sobre los motivos para empinar el codo: la pérdida del sentido.

Ambos hemos pasado por muchas de las experiencias que brinda el estado alterado de la conciencia. Desde el primer momento cuando compartimos una cerveza el día que, para el examen final de filosofía en la preparatoria, tuvimos que hacer una representación de uno de los diálogos de Platón, hasta ir del Centro a la colonia

Moctezuma y atravesar la Merced a las 3 de la mañana llevando la caminera. O ser echados de todos los bares de Regina y llegar al metro Romero Rubio sin recordar exactamente cómo y todas esas ocasiones en las que fuimos a conciertos y en los que terminamos jugándole al vergas yendo del Foro Sol al aeropuerto, cada uno con una botella en mano. Aunque algunas cosas suenan un poco más extremas de lo que fueron en realidad. La más de las veces íbamos a alguna de nuestras respectivas casas, la suya mayormente, y sólo escuchábamos música o veíamos una película mientras tomábamos cerveza o Jim Beam.

Sin embargo, me parece que él ha estado más al borde que yo, lo que imagino es una de las razones por las que los últimos años ha permanecido sobrio. Aunque no quiero restarme méritos.

Con el paso de los años, "disimular mejor mi estupidez" se ha traducido en medir de mejor manera mis juergas. Ahora las ocasiones en las que me permito cruzar la línea hacia la perdición etílica es cuando estoy en control del entorno, o al menos es lo que intento.

Si la sobriedad es el justo medio del estado anímico de una persona, la inebriación es el paroxismo de las pasiones, entonces la resaca es la confrontación ante el solipsismo de la quietud. Como en toda lucha de contrarios, al éxtasis y euforia que se experimentan en la embriaguez, se le contrapone su lado más oscuro, denso. La cruda es el costo que debemos cubrir por la experiencia límite de comunión en el estado de trance.

Me encanta esa palabra "cruda". Me sabe a moral dañada, a una realidad sucia, a una verdad insoportable, a la carne expuesta. Pese a ser un término más coloquial, tiene mucho más peso y vísceras que "resaca". Resaca suena a un tropezón tras una noche de copas; cruda está impregnada con el aura de encontrar el amanecer desmayado en una banqueta con el estómago, la cartera y la vejiga vacías, expidiendo un aroma a Tonayan por cada poro de un cuerpo sucio y lleno de moretones.

Ahí acaba todo, con un dolor de cabeza de los mil diablos, que aumenta con cada rayo de sol que cruza por la retina. Cada centímetro del cuerpo pulsa como los estertores de un enfermo que mira la muerte entrando por el umbral de sus huesos. Pese a haber tragado cantidades ingentes de líquidos, las entrañas están secas y la

boca es una caverna de sal. Al recobrar la conciencia, una sombra infame se posa sobre cada acto y deja al descubierto el arrepentimiento de haber obrado bajo el fervor del momento y pensar “quizás no debí hacer eso”, “no debí decir tal cosa”, eso en el caso de ser capaz de recordar lo sucedido, lo que a su vez conlleva la disyuntiva sobre si es mejor el olvido o preservar en la memoria los errores, sin embargo, en ambos casos siempre anida lo terrible.

La gran mayoría de esos males puede ser sobrellevada. Con el callo suficiente, uno puede mantener conversaciones legibles sin temor a revelar secretos de manera innecesaria, uno va conociendo mañas para aminorar los achaques físicos. Afortunadamente, ya sea porque aún hay gramos de juventud corriendo por mis venas o por dones que se pueden atribuir a una descendencia genética de personas proclives a las borracheras, las resacas no me pegan tanto, sino que lo que me altera la cabeza es la luz y el desvelo prolongado. Generalizando, puedo afirmar que no suele darme mucha cruda física, que no sé si sea mejor o peor a lo que siento justo ahora.

Aún así no puedo negar que ha habido ocasiones, seguramente más de las que puedo recordar (por obvias razones), en las que mis demonios se liberan; normalmente, aún ebrio, logro mantenerlos a raya, pero muy de vez en cuando, ya sea por desgaste o aburrimiento o porque el esfuerzo por no esforzarse ha desgastado mucho el alma, pero todas las buenas intenciones que inician con un par de cervezas se trastornan, convirtiéndose en un incendio que destruye todo, lo quema todo, rompe todo lo que toca, y lo que probablemente sea peor es que, tras ese caos inenarrable, la noche anterior permanece así, irreconocible, borrosa; ahí nace la culpa de la inconsciencia, de saber que hubo una acción deleznable pero no puedes nombrarla, un sentimiento de lo terrible que no puede ser sanado porque no hay un recuerdo que curar, sólo una sombra que ha devorado una parte de tu vida, y lo peor, es que has ofrendado de manera voluntaria una parte de tu memoria y dignidad a la cara más atroz del dios de la impetuosidad, el cual a cambio sólo te dio dolor.

Si las borracheras son un acto puro, es ser en el hacer y dejarse llevar por las corrientes del alcohol para desembocar en un mar de divertimentos; la mañana siguiente es la quietud, el pitido en el oído que, tras la tormenta, revela un entorno ruinoso del mundo, una cara de la realidad que tratamos de no ver, porque ¿quién

quiere ver el rostro de la verdad? Sin maquillaje, sin matices. Es la luz cenital dejando todo al descubierto. Lo más insoportable de todo es que esa verdad es abrumadoramente callada. Es la quietud. Es el vacío.

Anoche, después de compartir cervezas entre música y charlas animosas, me veo deshaciéndome en mi cama. Dejando que el silencio se apodere de cada uno de mis contornos, quejándome desde dentro. Retorciéndome al borde de las lágrimas en posición fetal. Estoy a la orilla, mirando el absurdo. Aquí, envuelto en las cobijas y tratando de no ver nada, me ahoga la angustia, el ansia de vivir, pero no es esa ansia alentadora de la que hablaba Jacob Shtarkah, sino de esa ansia que te arrastra a lo más profundo de la nada. Lo mejor sería simplemente ceder, porque la otra opción, resistirse, no sólo es un esfuerzo inútil, sino además doloroso. Duele como sólo duele el apego. Aferrarse al mundo, a los recuerdos, a las personas, a uno mismo; pero al final, y es algo que sé bien, todo caerá en el olvido, incluyendo esta sensación, incluyéndome. No tiene sentido evitar la pérdida, pero incluso sabiendo eso, no es tan fácil abrir la mano y dejarse ir.

Después de un rato, sea por el desvelo de la noche anterior, el agotador embate de la angustia o el esfuerzo por retener las lágrimas, me quedo dormido. Entonces esa pérdida de conciencia, ese soltar, ese dejarse se vuelve lo mejor y la única opción. Sin darme cuenta, estoy ahí. Caí en el abismo, me tragó y ya no soy yo. No soy nada y estoy a gusto. No tengo control de nada, las cosas no son ni buenas ni malas, simplemente son.

El verdadero malestar de la existencia anida más allá de la acción, vive en la impotencia de contemplar el vació y que este, en vez de ser el espejo que devuelve la mirada para revelar la naturaleza humana, te trague, te devore por completo y con indiferencia te muestre la insignificancia absoluta de esta cosa a la que escuetamente nombramos vida.

Tras estar en la cresta de la ola, de la buena furia en la fiesta, del desquite de los conciertos, la enajenación absoluta en la acción, después del orgasmo, de negar la realidad y de negarse a uno mismo para descomponerse parte por parte hasta fundirse con un todo, después de eso, la invariable consecuencia nos golpea sin ninguna mediación, sin juego previo, cínica y cruda.

Solo iba de paso y me quede

En 2020, la población en Tizayuca fue de 168,302 habitantes (48.7% hombres y 51.3% mujeres). En comparación a 2010, la población en Tizayuca creció un 72.7%

Por Eduardo Perea

—Solo iba de paso y me quede—

Esas palabras fueron las que más se repitieron, mientras caminaba por el centro de Tizayuca algunas personas eran del Estado de México, Pachuca, puebla o incluso del extranjero, algunos de Haití, Venezuela y Colombia.

Mujeres, Hombres, altos, chaparros, delgados y gordos, una gran variedad de personas son las que expresaron estas palabras y con diferentes sentimientos, la Felicidad, la tristeza e incluso la frustración estaban a flor de piel cuando hacia la pregunta.

— ¿Por qué vive aquí en Tizayuca? —

Muchos expresaban que a pesar de que solo iban de paso se quedaron porque todo era mucho más barato aquí, varios más no tuvieron de otra y solo una persona de las muchas que escuche expreso que sentía a Tizayuca como su hogar.

Me consterno un poco el no conocer a nadie que fuera originario de ahí, claro que había escuchado aquel señor, pero solo era uno, e incluso haciendo retrospectiva todo el tiempo que había vivido ahí nunca conocí a nadie que fuera originario del lugar, todos mis amigos venían de otros lados, la gran mayoría del centro del país, pero todos arrastrados aquí desde muy chicos por sus padres, padres que habían llegado aquí por las casas baratas.

La economía siempre parece un papel importante para que alguien se quede dónde termina viviendo, pero para tener una economía buena tienes que tener ciertas oportunidades cosa que no se tiene en un lugar como Tizayuca, existe la zona industrial pero los sueldos son ridículos.

—Otra vez se nos juntaron todos los pagos, te voy a tener que dar menos para la semana amor—

Me dijo Mónica, mi madre, que trabaja en la cartonera como ayudante general, mi madre es una mujer de 40 años, aparenta menos edad porque hasta apenas se vio en la necesidad de trabajar. Su uniforme, unos pantalones de mezclilla y una camisa tipo polo de color azul con el logo de la empresa en el lado izquierdo y unas pesadas botas de seguridad, comúnmente se encuentra completamente desarreglado luego de la larga jornada laboral, su cara de cansancio, así como sus brazos moreteados por recibir pesados pliegos de cajas parecen terminar de a completar ese desaliñado uniforme.

Esas son unas palabras que había escuchado más de una vez en mi vida, mi madre me lo decía a mí, las madres de mis amigos se lo decían a ellos, algunas con más frecuencia que mi madre, escuchaba madres jóvenes que se lo decían a sus hijos cuando estos les pedían un helado e incluso abuelas que se lo tenían que decir a sus nietos todas con un profundo nudo en la garganta que no se libera por casi cosa de suerte.

Entonces entendí que la economía no era la razón por la que la gente decidía quedarse, si fuera así las madres no tenían que repetir tan constantemente estas palabras.

—Vamos a pasar la navidad con tu abuelo—

Todas las navidades, a excepción de los 2 años de pandemia, los pasábamos en otro lado. Tizayuca no se caracteriza por su oferta cultural, en otros municipios existen cosas como el Xantolo, fiestas a varios santos o incluso ferias dedicadas a las tortas, pero en Tizayuca no había algo parecido, los espacios donde se puede encontrar oferta cultural están reducidos a una pequeña biblioteca municipal y una ignorada casa de cultura. La biblioteca tan solo oferta libros de leyes o cuentos infantiles que han sido re editados tantas veces que pierden el sentido. El caso de la casa de cultura no es muy diferente, todos los cursos son sobre un oficio que aprender para aliviar la complicada situación económica, como poner uñas, como cortar el cabello, mecánica y plomería incluso, solo dos cursos de artes recuerdo, un curso sobre baile urbano y uno de actuación.

A veces se ofrecen eventos culturales frente al distópico edificio de presidencia o el kiosco principal, que había sido remodelado a solo una plancha de concreto, con un domo que unos delgados pilares igual de concreto sostenían, ferias del libro, muestras de bailes típicos y la historia de Tizayuca es lo que comúnmente se muestra en sus exposiciones, todo en busca de generar una identidad con el municipio, un sentido de pertenencia.

Un sentido de pertenencia a un lugar al que llegaste por necesidad, ¿Por qué harías algo así?

—La verdad llegamos aquí porque solo para eso nos alcanzó lo que me daba mi crédito Infonavit—

Me dijo Oscar, mi padre, un hombre que había trabajado durante toda su vida, panadero, chofer, trailero, montacarguista, taxista, ayudante en general en una fábrica son todos los trabajos que hizo a lo largo de su vida. El al igual que mi madre son originarios del estado de México, de Ecatepec para ser exactos, desde los 18 años se vio obligado a dejar la escuela para ponerse a trabajar, él no quería, pero en las posibilidades de sus padres ya no estaba el apoyarlo con sus estudios, así que tuvo que buscarse la vida. Con el poco o mucho dinero que ganaba buscaba ayudar a mi madre con sus estudios, algunas veces también ayudaba a que mi madre y sus hermanas con el gasto para comer porque los padres de mi mamá a veces no tenían dinero para darles de comer.

Pago su boda, tuvo su primer carro, todos los gastos de maternidad el los cubrió con su trabajo, pero ni con todo el dinero del mundo pudo prever lo que sucedió. Su madre, mi abuela, enfermo de cáncer, su hermana que se encontraba en la Marina ayudo con los gastos médicos, si algo tiene de bueno el ejército es el seguro de vida, pero no era suficiente, alguien tenía que ayudar con los gastos generales de transporte y comida. su otra hermana, Yolanda una enfermera recién graduada aun no contaba con el recorrido que le permitiera solventar algún gasto, su hermano mayor, José, era un alcohólico sin remedio que tenía más problemas personales de los que se podía permitir y el más chido de los hermanos, Rubén, era un estudiante que por más que lo hubiera querido no podía aportar nada, su mamá no le permitió dejar la escuela, no cometería el mismo error que con Oscar, su padre José es un tianguista que por más que vendiera los gastos sobrepasaban lo que podía conseguir. Entonces Oscar así que como muchas otras veces, como si de atlas se tratara, tuvo que tomar la responsabilidad sobre sus hombros, el tiempo extra en Jumex no parecía suficiente para cubrir los gastos de hospitalización y los

gastos que su recién formada familia le suponían, ese carro que tanto tiempo y trabajo le costó comprar lo tuvo que vender.

—Era una caribe azul del 87, como me gustaba ese carro—

A pesar de todos los esfuerzos, lo inevitable paso, el 28 de febrero del 2004, su madre falleció, sin drama ni complicaciones, ella era una de esas mujeres de rancho que todo se lo debían a su esposo y solo Vivian por él, así que no dejo pleitos entre sus hijos, pero si hay algo que dejo, un enorme vacío en todos ellos, era como si lo único que los anclaba a Ecatepec hubiera desparecido. En busca de a donde pertenecer nuevamente e impulsado por el deseo de su esposa por tener donde asentarse Oscar se armó con su pobre crédito de Infonavit para empezar a buscar un lugar que pudiera llamar hogar.

Las oportunidades eran pocas en el estado y la ciudad de México, a un simple montacarguista no le prestaban tanto dinero, empezó a buscar un poco más lejos hasta que dio con Tizayuca, en eso entonces era una urbe en nacimiento, tranquila, desconectada de algún comercio importante, pero su cercanía con la carretera México-Pachuca lo convirtió en el lugar perfecto, a pesar de estar lejos podía ir y venir fácilmente de su trabajo en Jumex, la planta que se encuentra hasta Xalostoc, entonces decidió comprar una casa ahí, en una zona residencial que la empresa casas Quma seguía desarrollando.

A pesar de tener ya un lugar donde asentarse, él no se quería ir del lugar al que verdaderamente se sentía perteneciente, su esposa fue la que tomo el primer paso, cuando regreso de su trabajo todas sus cosas ya se encontraban en una mudanza lista para llevarlos a su nuevo hogar.

Llevan más años de su vida viviendo en Tizayuca que en cualquier otro lado, pero a pesar de eso su vida sigue en otro lado, ellos no se llaman tizayuquenses o hidalguenses de ningún modo, ellos siguen siendo orgullosamente de Ecatepec, siempre que tienen oportunidad van al estado a ver sus papás y hermanos porque cuando pasan demasiado tiempo en lo que se supone es su hogar se sientes atrapados, como extraños en su propia tierra.

Y esto que les paso a mis padres, les pasa a muchas de las personas que se encuentran viviendo ahí, como si Tizayuca tan solo fuera un lugar de transición o donde llegar a dormirse y nada más.

Es difícil sentirte parte de un lugar en el que pareces obligado a estar, un lugar en el que preferirías simplemente no estar porque no hay nada para ti y una tierra que nadie parece reclamar como suya. Una maldición que el pueblo parece arrastrar incluso desde tiempos prehispánicos, cuando los otomís y los teotihuacanos aun llamaban esta tierra como Tizayocan.

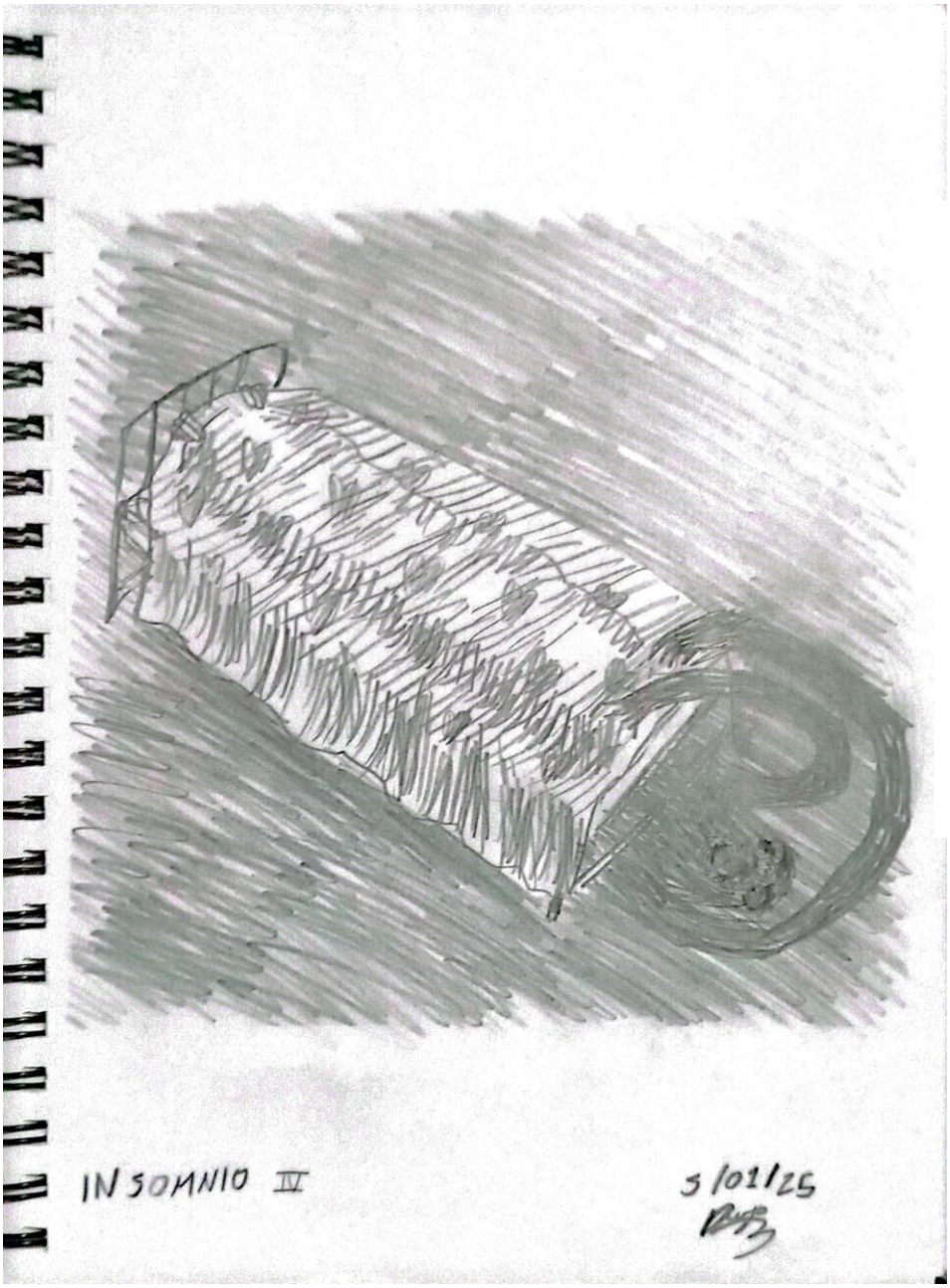
Tizayocan no era más que una tierra de transición, un lugar en el que los viajeros que iban, se asentaban por un rato, pero posteriormente se iban, ya sea que fueran a Xaltocan cuando era de los otomís, o cuando se dirigían a Tenochtitlan cuando perteneció a los Mexicas, Tizayocan no era más que una tierra inconsecuente que servía tan solo para dar tributo a los Tlatoanis, en los tiempos de la colonia no eran muy diferente, sirviendo como una ciudad de paso para los mercaderes, luego de la revolución la situación seguía igual, una ciudad de paso y nada más. Hasta la historia moderna seria que Tizayuca ya es visto como un lugar para asentarse, pero por la creciente mancha urbana de la capital del país.

Un lugar con 168,302 habitantes, que a comparación de las cifras del 2010 ha crecido la población un 72.7%, un crecimiento desmedido, que convierte a toda esta gente en nómadas, en un momento podrían estar aquí para en el otro no estarlo y los que se quedan es porque no tienen de otra, migrando constantemente buscando sentirnos parte de una tierra que no es nuestra ni de nadie.

Artes grafïcas

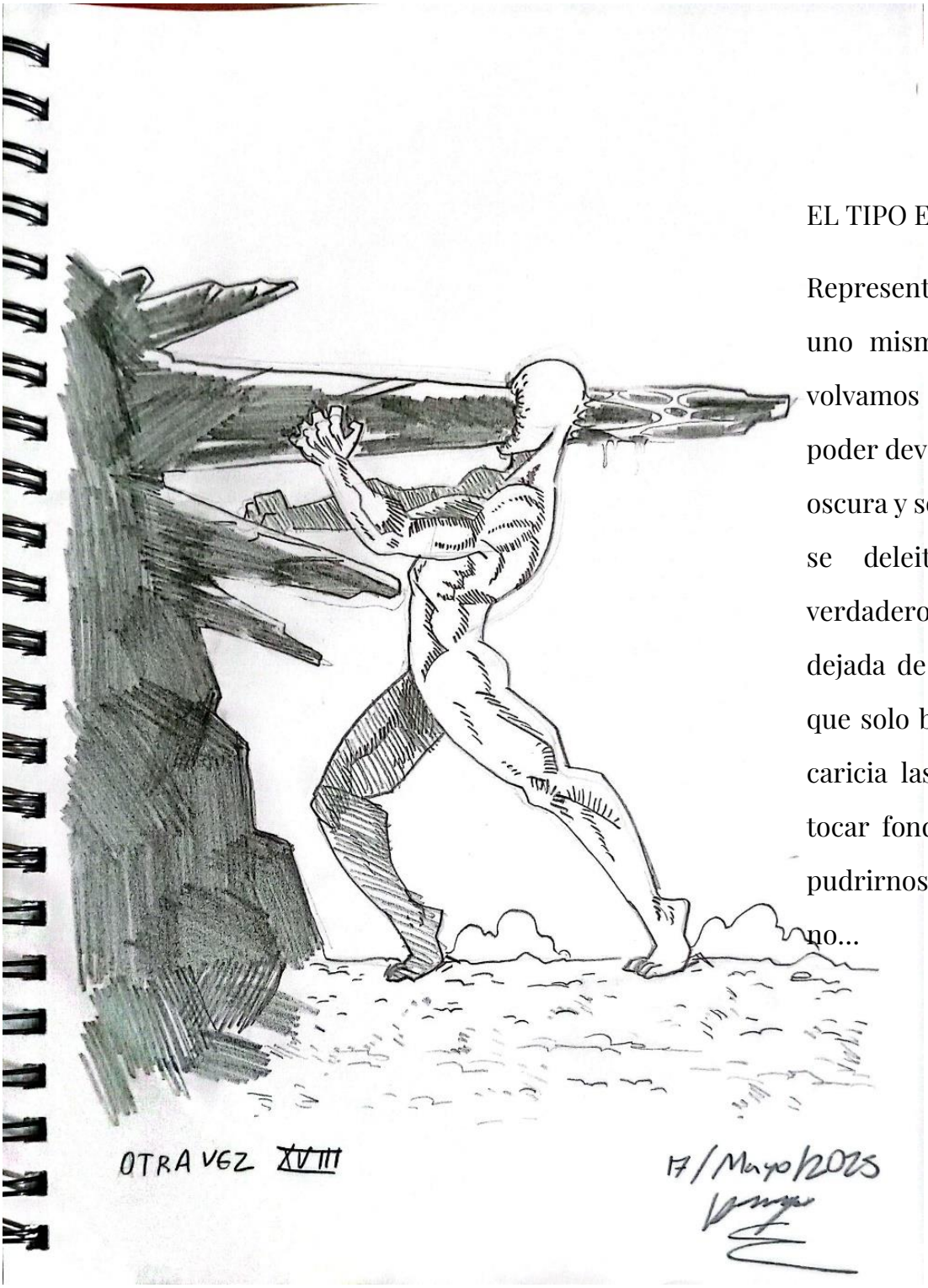
ACÁ NO HAY DIBUJO

Lunes de pradera



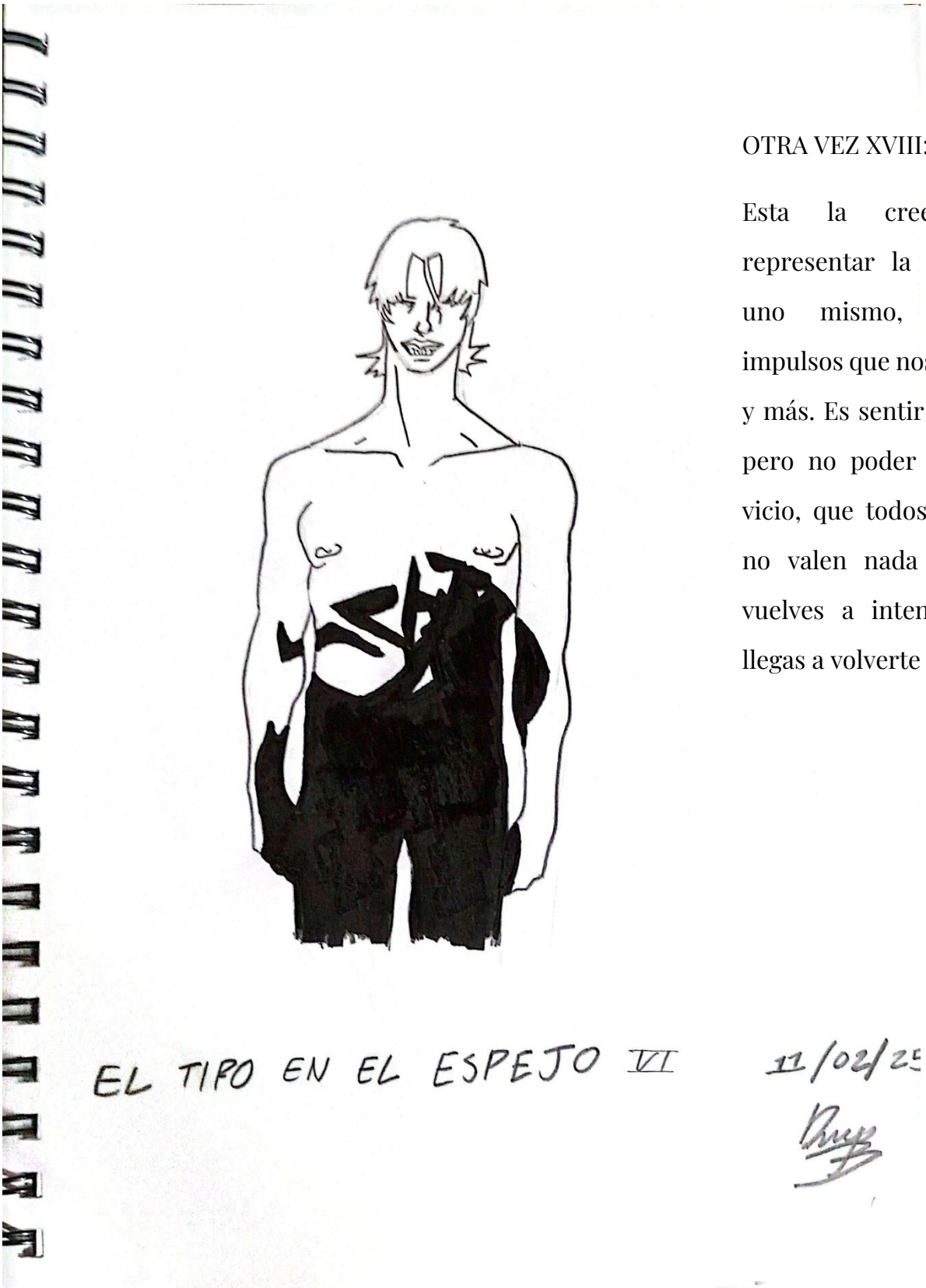
INSOMNIO IV:

Lo dibujé queriendo recrear las emociones que tenía al despertar a las 11 de la noche y no poder volver a dormir con la mentalidad de que algo, lo que sea, esperaba a que me distrajera para matarme de la forma más horrible posible



EL TIPO EN EL ESPEJO VI:

Representa la parte cínica de uno mismo que espera que volvamos a equivocarnos y poder devorarnos. Esa mirada oscura y sonrisa de placer que se deleita al creerse el verdadero y no solo una parte dejada de lado del individuo, que solo busca mejorar. Es la caricia lastimosa después de tocar fondo que nos invita a pudrirnos el resto de la vida, o no...

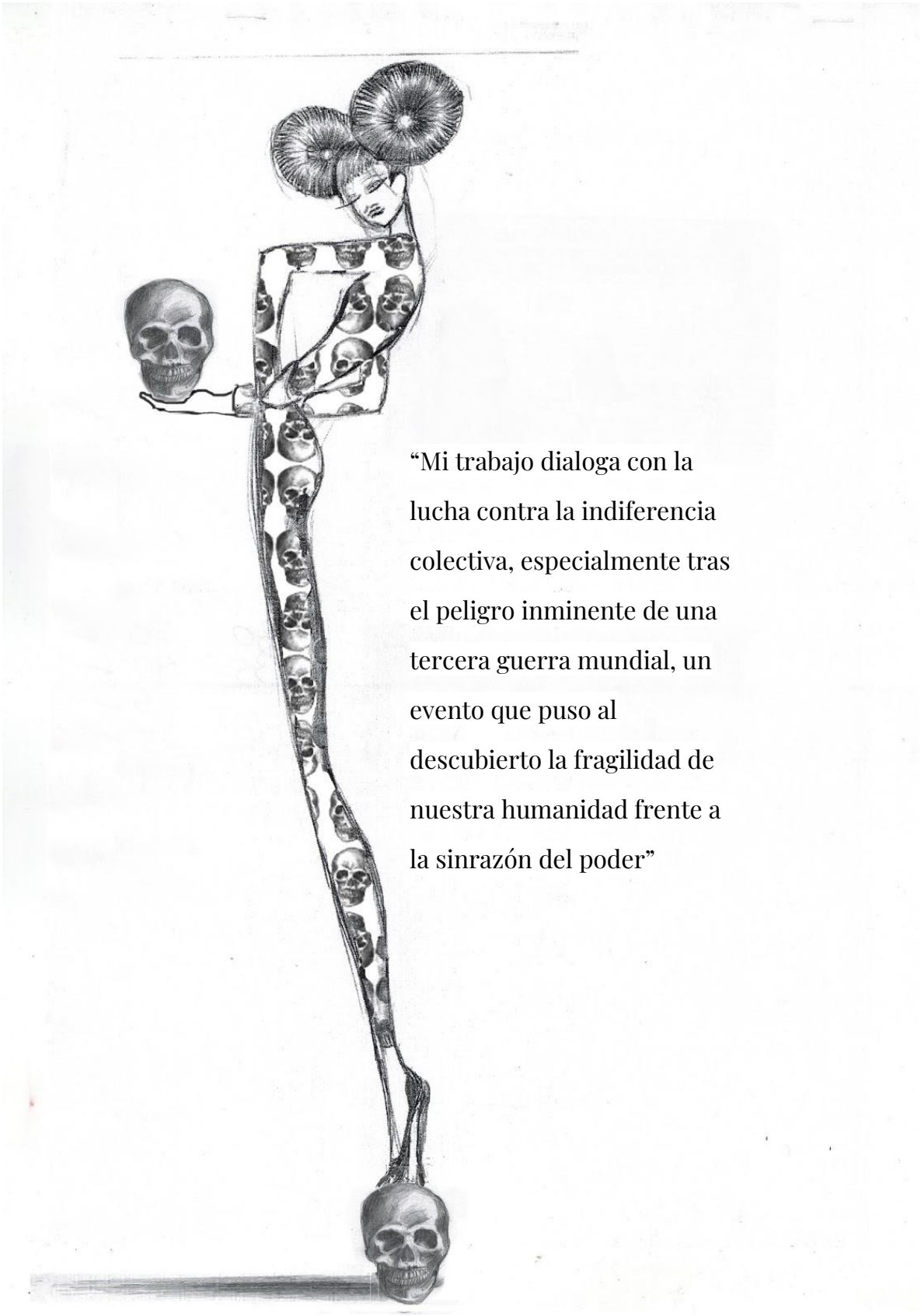


OTRA VEZ XVIII:

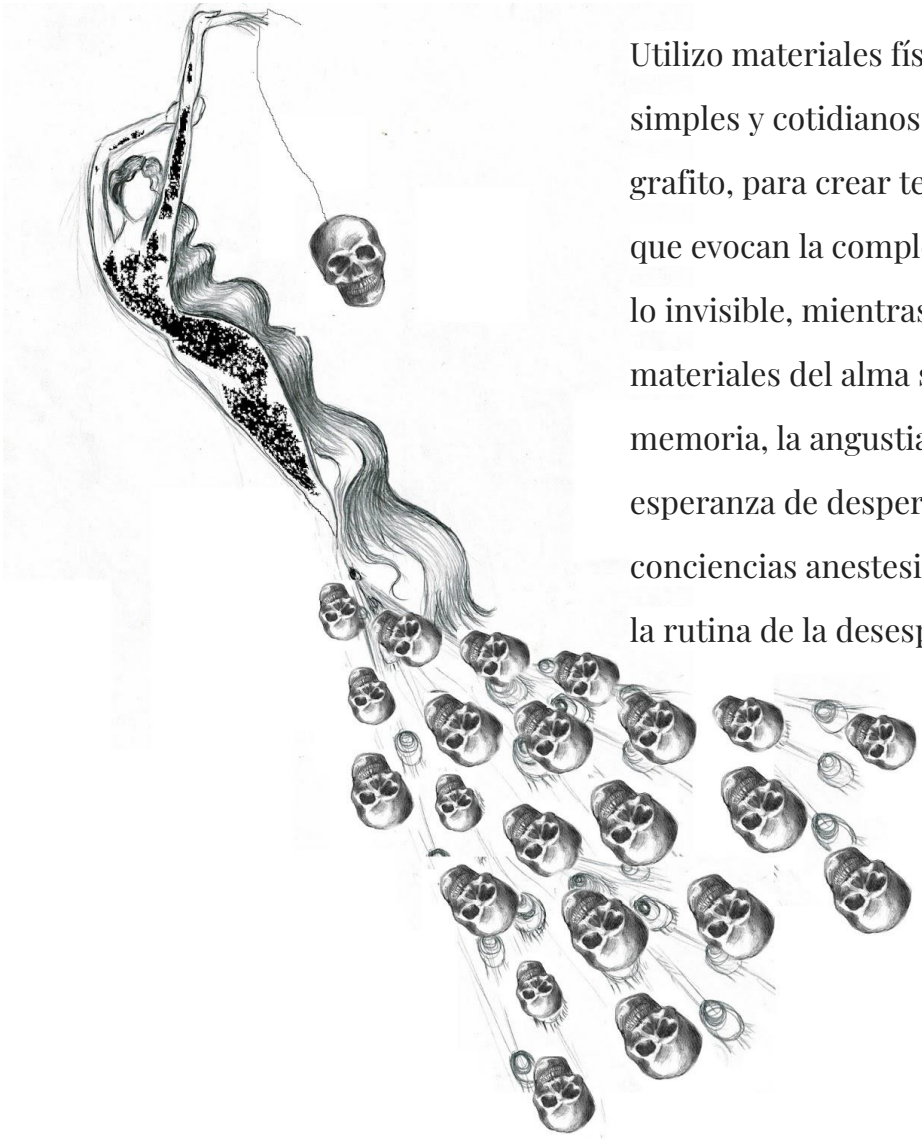
Esta la cree buscando representar la lucha contra uno mismo, contra los impulsos que nos hunden más y más. Es sentir que te dañas pero no poder parar por el vicio, que todos tus intentos no valen nada porque solo vuelves a intentar y nunca llegas a volverte mejor.

Diana Magallón

“El alma de mi obra nació del desasosiego ante la normalización de la muerte en un mundo donde las tragedias globales se consumen como noticias cotidianas…”



“Mi trabajo dialoga con la lucha contra la indiferencia colectiva, especialmente tras el peligro inminente de una tercera guerra mundial, un evento que puso al descubierto la fragilidad de nuestra humanidad frente a la sinrazón del poder”



Utilizo materiales físicos simples y cotidianos, como el grafito, para crear texturas que evocan la complejidad de lo invisible, mientras que los materiales del alma son la memoria, la angustia y la esperanza de despertar conciencias anestesiadas por la rutina de la desesperanza

“en un mundo con tantos adelantos y tanto retraso, tanta belleza y tanta barbarie…”

Agradecimientos

Esta edición no podría haber sido posible sin la colaboración de:

Diana Magallón, maravillosa dibujante la cual pueden seguir en Instagram como @cipollinaaaaa

Lunes de la pradera, increíble dibujante que lamentablemente no nos dejó sus redes, pero respetaremos su privacidad.

Ana Pobo, fotógrafa urbana española cuyo trabajo pueden seguir en Facebook como Anuskateruel e Instagram como Anuska Teruel

Casca 26, que nos trae unos de los mejores cuentos pero no nos dejó redes sociales públicas para seguir su trabajo.

María Escobar que a través de una narración impecable nos deja “La casi noche”, puede seguir su trabajo en Instagram como @majijo98

Heidi Molina, que con su cuento me hizo investigar modismos venezolanos como nunca antes. Su trabajo puede seguirse en Instagram como @heidimolina18

Santiago Macías, un increíble poeta que nos sumerge en el homoerotismo como pocos pueden, pueden seguir tu trabajo en Instagram como @jsanty.macias

Pedro Mieles que nos deja un hermoso y tierno poema gatuno, su Instagram es @mieles,pedro

Mujer Robot, que nos comparte la obra más surrealista del número cuyo trabajo no se limita a la poesía. Pueden conocer su obra en Instagram como @donnarobot_a

Axayácatl Tavera que nos deja un ensayo al cual de manera personal considero una especie de crónica, muy buena, pueden leer más de él en Instagram como @ax_tvr

Lalo Perea por su increíble crónica que espero sea la primera de muchas, porque más que cronista es fotógrafo, pueden ver su trabajo en Instagram como @starlink_fotografia

Y por último pero tal vez más importante. A todos ustedes por leer. Nos vemos el próximo número (si es que hay uno)